

civilizacion es la que Pio IX rechaza; y á fe que una vez descrita con sus verdaderos colores, no habrá ni un solo político que la defienda; ni los mismos revolucionarios teóricos se atreverán á sostener que semejante desquiciamiento pueda llamarse civilizacion, ni que civilizacion semejante pueda ser aceptada no ya por el Soberano Pontífice, pero ni por el último y ménos avisado de los conservadores de Europa.

## V

Hemos dicho que el Pontífice con gran justicia se lamenta de que se dé el nombre de civilizacion á un sistema, que miéntras proclama determinados principios, aplica al catolicismo principios absolutamente contrarios. Y ocurre preguntar: ¿rechaza el Soberano Pontífice esos principios determinados que proclama la civilizacion? Nada dice en este sentido: el Soberano Pontífice los anuncia históricamente; mas por cuanto respecto al catolicismo piensa y obra en contrario la civilizacion moderna, por esto afirma el Padre Santo que es enemiga de los sagrados intereses de la Iglesia.

Se dirá tal vez: si el Pontífice no expresa claramente su opinion acerca de estos principios, ¿se entenderá que los admite, ó se juzgará mas bien que los rechaza? En nuestro concepto es preciso

distinguir: el tecnicismo oportuna é inoportunamente empleado de *tolerancia, libertad, despreocupacion*, etc., símbolo de ciertas escuelas que no brillan seguramente por la congruencia de sus obras con sus palabras, no puede ser admitido en teoría por la Iglesia sin grandes precauciones y sin exámen muy prolijo. Esos llamados principios deben su origen ó van encaminados á la tolerancia *teórica* en cosas de religion, y nadie ignora que esta tolerancia no se conforma con la verdad absoluta que es esencia del catolicismo. Pero prácticamente la Iglesia y el Pontificado pueden vivir y viven estando en vigor aquellos principios, como se prueba con el ejemplo de la América Septentrional, de Bélgica, de Francia, y de otros países del mundo civilizado.

El Pontificado, pues, no se declara enemigo de la civilizacion moderna, ni pasa de una candidez deplorable el deseo que manifiestan los revolucionarios de enseñar á la Santa Sede cuál es el camino que debe seguir, cuáles son las máximas que debe proclamar. ¿Por ventura los revolucionarios amarán á la Iglesia católica mas que el Vicario de Jesucristo, dispuesto siempre á sacrificar todo, incluso la vida, por el bien de sus hijos, y la incolumidad del sacrosanto depósito que le está confiado?

Suponed por un momento, dirémos á los de-

clamadores anticatólicos, suponed por un momento destruida la Iglesia y abolido el Pontificado, y ya podeis preparar el epitafio de la civilizacion. ¿Sabeis, espíritus revolucionarios de todos los paises, por qué no morirá la civilizacion? Porque la Iglesia católica tiene su perpetuidad garantida por promesa infalible; porque el Pontificado es luz vivísima que alumbrará como hasta aquí todos los ámbitos del mundo sin que logren extinguirla los torbellinos del orgullo humano, ni apagarla los huracanes de la revolucion.

Los dolorosos acontecimientos que el Pontifice deploraba en su alocucion de Marzo de 1861, y que deplora todavia; la manera irreverente, dura y violenta como la revolucion se conduce en materias religiosas; el espíritu de hostilidad que los que á si propios se titulan apóstoles de la civilizacion muestran, no ya contra el principado civil de la Santa Sede, sino contra el poder espiritual, cuya perpetuidad está garantida por promesa de lo alto, hacen de todo punto imposible que la Iglesia, directa ni indirectamente, coopere á tan infeliz empresa. Pero aparte esto, la Iglesia no combate lo que haya de bueno, de justo, de noble y de benéfico en la civilizacion moderna; ántes bien protege, anima y sanciona todo cuanto determine un verdadero progreso en las ciencias, en las artes, en la industria; todo cuanto pro-

penda á mejorar la condicion presente, á exaltar el espíritu sobre la materia, á elevar mas y mas á la humanidad en el nivel de lo verdadero y de lo bueno y de lo bello. El lema del Pontificado ha sido, y es, y será siempre el de San Pablo: *«Quæcumque vera, quæcumque pudica, quæcumque justa, quæcumque sancta, quæcumque amabilia, quæcumque bonæ famæ, si qua virtus, si qua laus disciplinæ, hæc cogitote.»*

No detesta el Pontifice el progreso bien entendido, ántes lo aplaude; no se opone á las conquistas de la ciencia, ántes las saluda; no combate la sólida sabiduria ni la ilustrada experiencia de los siglos, ántes bien considera una y otra como elementos poderosos de la verdadera civilizacion. La Iglesia, que sabiamente conservó de la antigua sociedad pagana lo que era compatible con los eternos principios de justicia y equidad, ¿habia de desdeñar dentro de las sociedades cristianas todo aquello que tiende á su mejoramiento y perfeccion? A mejorar y perfeccionar vino la Ley evangélica; no á destruir; ella trajo la luz y el calor á cuyo influjo se desarrollarán los gérmenes de la civilizacion, siempre amparada, protegida y alimentada por el cristianismo.

Pero hay en nuestros tiempos una triste confusion en las palabras; las cosas no se designan

con su verdadero nombre, y se llama luz á las tinieblas, y error á la verdad, y ciencia á la horrible turbacion de los entendimientos, y progreso á la estéril inquietud de los espíritus.

El Pontificado boga contra la corriente, dicen los hombres del siglo: hé aquí una proposicion calumniosa en sus intentos, y tal vez exacta en sus términos: ¿de cuál corriente se trata, de la corriente de la iniquidad que todo lo invade y atropella y destruye? Ciertó: contra esa corriente boga el Pontificado, y quiebra la impetuosidad de sus aguas, y se opone á la consumacion de sus estragos; pero si se trata de la corriente mansa y apacible de la civilizacion que fecunda y no arrasa, que fertiliza y no destruye, ¿quién será capaz de decir, sin rasgar la historia, que el Pontificado, ó mas claro, que el catolicismo ha puesto jamás obstáculos á esa corriente?

## VI

Los adversarios de la Santa Sede, persistiendo siempre en su propósito y en su hostilidad, han formulado y formulan el cargo de que el rey de Roma es un soberano absoluto, maestro y sostén del absolutismo europeo. Bien saben nuestros lectores que este ataque pertenece al ya conocido género terrible, y es propio tansolo para ha-

cer efecto en los exaltados vulgares. El autor del folleto *El Papa y el Congreso*, conociendo sin duda que en tal forma es demasiado crudo y aun grotesco el argumento, lo renueva y reforma en sus accidentes exteriores con rara habilidad, le quita la aspereza original, y lo ofrece á la culta Europa envuelto en las frases mas delicadas y corteses.

«Un gran Estado, dice, supone ciertas exigencias que el Pontifice no puede satisfacer: un gran Estado quiere vivir políticamente, perfeccionar sus instituciones, participar del movimiento general de las ideas, aprovecharse de la trasformacion del tiempo, de las conquistas de la ciencia, de los progresos del espíritu humano. ¡El Papa no podrá hacerlo! Sus leyes estarán encadenadas por el dogma, y su actividad se verá paralizada por la tradicion; su patriotismo será condenado por la fe; ¡seria preciso que se resignase á la inmovilidad, ó que se arrastrase hasta la revolucion! El mundo caminará, y lo dejará atrás.»

El procedimiento no puede ser mas hipócrita: tiene el inconveniente de que tambien está gastado; de que pertenece al repertorio de los ataques *hábiles* dirigidos á la corte romana desde el siglo XVI: declamaciones vagas que solo consiguen hacer impresion por un momento en espíritus demasiado bondadosos ó en inteligencias no

muy bien preparadas con el estudio de la historia y con el conocimiento de los hechos contemporáneos. Sería preferible que tales declamaciones se tradujeran en censuras concretas, de actualidad, y en este género de controversia algo se lograría en favor de la verdad y de la justicia.

Las reformas introducidas en los Estados de la Iglesia por Pio IX son la prueba mas elocuente contra la acusacion de los políticos á quienes nos referimos. En 1850 se establecieron en Roma los Ministerios de Interior, Gracia y Justicia, Hacienda, Guerra y Comercio, que comprende tambien la agricultura, la industria, las bellas artes y las obras públicas: se determinaron las funciones de estos centros administrativos, y se nombró un Consejo de Estado: á estas medidas siguieron otras organizando la administracion de las provincias y de los ayuntamientos, creando consejos provinciales y municipales, en cuya manera de ser entra por mucho la eleccion del pueblo, y proclamando el principio de la admision de los legos á todos los empleos públicos, incluso cuatro de aquellos Ministerios. Pio IX desde su advenimiento al poder ha exigido la publicacion de presupuestos: en su época se han reformado los aranceles, y reguralizado las rentas que ántes monopolizaba una casa privilegiada, y héchose grandes trabajos en la redaccion de

Códigos civil y criminal. Las líneas telegráfico-eléctricas que se extienden de Roma á Bolonia, Terracina, Ancona, Ferrara, Foligno, Pessaro, Mazerata y otros puntos; los caminos de hierro concedidos ó en construccion entre las ciudades mas importantes del Estado; la marina mercante, que se desarrollaba de una manera notable, todo demuestra que el dogma no encadena las leyes romanas, que la tradicion no paraliza la actividad, que la fe no condena el patriotismo, que si el mundo camina, el Pontificado no se queda.

Para que el Pontificado no se quede detrás del mundo, desean sin duda ciertos políticos que se desembarace del peso de los Estados temporales y se limite á la ciudad de Roma: esta fué la tésis principal del folleto; para hacerla simpática el autor á los ojos de la Europa, formó un bellissimo dibujo de lo que seria en tal caso la Ciudad Eterna; «pueblo que no tendrá representacion nacional, ni ejército, ni prensa, ni magistratura; pueblo para el cual no habrá otros recursos que la contemplacion, las artes, el culto de los grandes recuerdos y la oracion; será un gobierno de reposo y de recogimiento, una especie de oasis adonde no llegarán las pasiones y los intereses de la política, y que no tendrá mas que las dulces y tranquilas perspectivas del mundo espiritual.»

¿No es cierto, lectores, que esta pintura literal-

mente reproducida, difiere de la que en el capítulo precedente hacia de la misma Roma otro escritor adversario del principado civil?

Verdaderamente es notable la contradicción. Pero, ¿qué es sino un tejido de contradicciones toda la lógica revolucionaria?

## VII

Fijémonos, aunque ligeramente, en la Roma y en el Pontífice que el folleto bosqueja, y obtendremos un convento sin clausura, de cenobitas de ambos sexos, guardado por un augusto alcaide con tiara: Roma llegaría á ser un monumento arqueológico de la cristiandad, un monumento conservado á las orillas del Tiber, y que se asomarian á contemplar las generaciones por la cordillera de los Apeninos, por las riberas del Mediterráneo, por la montaña Soracte, las del Norte y las del Mediodía; por las bellas colinas de Castelgandolfo, Fraschatti y la Colona: la hermosa Italia, que extiende sus dos brazos hácia el Africa y el Asia, ofreciendo á los viajeros de Occidente el golfo en que reposa Génova, y á los peregrinos de Oriente el golfo de donde brota Venecia, la hermosa Italia sería siempre un gran cuerpo acéfalo; pues Roma, su cabeza, quedaba destinada á oasis de la

oracion, á relicario de las llaves del cielo. Por misericordia divina, la Ciudad Eterna no se halla hoy en poder de sublevados, ni ausente de ella como trece años hace el sucesor de San Pedro: á ocurrir esta desgracia, es posible que los políticos centralizadores del poder temporal, por respetar el hecho consumado, prescindieran de ese *rincon de tierra ilustrado por los mas grandes recuerdos de la historia*, y se adhiriesen á la opinion defendida por sus compañeros de catolicismo sincero, segun la cual la Santa Sede tiene su natural asiento en las solitarias márgenes del Jordan, en el recinto de la abatida Jerusalem.

Los residentes en la ciudad pontificia, á cambio del honor de ser *civis romani*, transigirán con la tarea impuesta de la oracion y con la renuncia solemne á ser soldados, oradores y hombres de Estado. No podrá negarse que esto envuelve una especie de privacion de oficios no muy bien avenida con el espíritu expansivo de que se quiere hacer alarde y con el amor al progreso en todo y para todo. Al despedirse el mundo en su marcha triunfal, no solamente se deja detrás al Pontificado, sino tambien á unos millares de individuos que no tienen mas motivo para quedar en la estacion que el ser *civis romani*; ¡la mayor dignidad de los hombres veinte siglos hace! Para completar el cuadro del folleto, encerre-

mos la ciudad de Roma en un cerco de saúces y cipreses.

El *non possumus* que el Pontífice ha pronunciado, creen los políticos de hoy que puede comprometer y compromete la suerte de Italia y la paz europea: pero esos políticos se equivocan: lo que compromete la suerte de Italia y la paz de Europa es el desatentado espíritu revolucionario, cuyo influjo gravita con horrorosa pesadumbre sobre todos los países. Parece mentira, dice con justicia un filósofo, que hoy que se acortan las distancias, que los pueblos se acercan, que la humanidad que, cuarenta siglos hace se despidió en las llanuras de Sennar, se congrega y da cita para levantar la Babel de la reunion, como ántes habia levantado la Babel de la dispersion; parece mentira que hoy las guerras sean mas frecuentes, los trastornos se sucedan, las revoluciones alteren cada dia la faz de las sociedades, y la civilizacion sea azotada y escarnecida por los mismos que pretenden exaltarla.

### VIII

El Pontificado debe transigir con las ideas del siglo: esta es una bella frase que se escapa de todos los labios y que pocas inteligencias se cuidan de explicar y esclarecer. ¿Cuáles son las ideas del

siglo? ¿Este siglo tiene ideas propias? Asi han de plantearse las cuestiones, en vez de emplear el tiempo y la actividad en estéril gimnasia de palabras.

Para nosotros es indudable que este siglo tiene ideas de justicia, de la justicia de todos los siglos, ideas de engrandecimiento científico y artístico, ideas de recta y saludable gobernacion: todas estas ideas acepta, acoge y favorece el Pontificado: hay de ello innumerables testimonios, y no hay la mas leve prueba en contrario: pero si se quiere que la Santa Sede aplauda los movimientos populares que casi siempre toman por blanco de sus tiros la autoridad constituida, que santifique las usurpaciones y asienta con los que perturban la Europa y socavan los cimientos de las sociedades, se quiere un imposible; en este sentido el Pontificado no transige con las ideas del siglo.

Vaya de una vez el argumento máximo: los Papas son enemigos de la libertad. Queremos suponer que se trata de la libertad política considerada á toda la altura de la ciencia del derecho público; no de la libertad de gritar por las calles y de promover motines, como generalmente lo entienden las masas ineducadas; pues bien: la verdadera, la genuina, la noble libertad política, cuyos amantes son los liberales honrados, los liberales en la sana acepcion de la palabra, ni es-

tá reñida con el Pontificado, ni tiene hácia el Pontificado mas que motivos de eterno agradecimiento. Siendo la moral cristiana la escuela única donde se aprenden las nociones de la autoridad sin tiranía y de la obediencia sin servidumbre, en vano se intentará presentar, no ya como rivales, pero ni siquiera como poco simpáticas, á la Iglesia católica y la libertad política.

Y es ciertamente una gran leccion en que apenas se medita, que aquellos que mas blasonan de liberales, y mas desvío muestran respecto del Pontificado, sean los que por dar quizá escasa importancia al elemento católico, que es el primero y mas seguro elemento de gobierno, se ven en la dura precision de acudir á los toscos recursos de la fuerza, á multiplicar la policia, y á poner los mas altos intereses de la sociedad bajo la exclusiva proteccion de las bayonetas; esto es, á ser lo ménos liberales posible, á sufocar la libertad política en la red de hierro de los llamados medios de gobierno. No hay nada mas fácil que denominarse liberal, y nada mas difícil que saber serlo. «Yo amo la libertad del pensamiento, y la libertad de la tribuna, y la libertad de asociacion, y todas las libertades; yo soy liberal, y aborrezco la teocracia, y la tiranía, y el absolutismo, y las tinieblas y la reaccion.» Así dicen muchos en Europa; y en fuerza de decirlo se lo

creen: que los eleve la suerte ó la desgracia á las regiones del poder; que los convierta en depositarios de la autoridad, ¿qué sucede? Que la libertad del pensamiento comienza á serles molesta; que la libertad de la tribuna acaba por hacerseles insoportable; que la libertad de asociacion ofrece mil peligros; en fin, que para evitar el extravío de las libertades, esto es, que para defenderse y defender al país contra sus propias doctrinas, tienen tal vez que aumentar la policia, y exigir mayores quintas y comprar algunos cañones: y las pobres muchedumbres, ineducadas se quedan; y las felicidades ofrecidas, en ofrecimiento; y la moral en baja; y las oleadas del pueblo en alza; y la libertad en los labios, y solo en los labios; y los enemigos de la Iglesia en el festin; y el Pontificado en el Huerto de las olivas.

## IX

La Iglesia aborrece todas las tiranías: tiranos han sido los que en la serie de los siglos han hecho guerra implacable á la Iglesia.

Ella condena á los poderosos que abusan de su poder, y á los ricos que abusan de sus riquezas, y á los sabios que abusan de su saber; ella protege á los débiles con especial interes, y socorre á los pobres con maternal ternura, y enseña á

los ignorantes con inextinguible amor; acepta todas las formas de gobierno, es decir, todas las manifestaciones justas del mando y de la obediencia; con todos los sistemas lealmente practicados puede vivir en perfecta armonía, y á todos sirve admirablemente con su ejemplo, y en todos influye con la verdad y pureza de sus máximas.

A los que declaren al Pontificado enemigo de los modernos adelantos de la industria, responde el Sumo Pontífice haciendo al alambre eléctrico mensajero de sus palabras de bendición, fomentando las obras públicas de sus Estados, y fiando su sagrada persona al impulso del vapor.

Persuadido estaba el gobierno pontificio de la conveniencia de introducir saludables reformas, cuando las acometió con vigorosa iniciativa: el giro torcido con que á tan noble conducta correspondieron los italianos, vino á terminar en la desastrosa república que ensangrentó las calles de la capital y armó el puñal del asesino: se dirá: ¿por qué el Pontífice no acomete de nuevo las reformas? La respuesta es muy sencilla: porque el espíritu revolucionario, mejor dirémos, el Piamonte ayudado por los enemigos de la Iglesia, valiéndose de públicas y secretas sugerencias, ha creado en Italia una especie de contradicción deplorable y deplorada entre los intereses nacionales y el Pontificado. ¿Podrá nadie negar que des-

de 1849 el Piamonte, por virtud de sus leyes y sus repetidas vejaciones al episcopado y al clero, se ha puesto en ardiente lucha con la Santa Sede? ¿Y no es igualmente cierto que cuantos de entónces acá deseaban reformas en los Estados del Papa, alababan y enaltecian la conducta del Piamonte? En semejante situacion no hay por qué extrañarse de que Pio IX resista á la idea de reformas indicadas por enemigos del Pontificado, y complicadas con evidentes y funestísimas tendencias anticatólicas.

El divorcio que se quiere establecer entre Roma é Italia es verdaderamente una gran desgracia, como es una gran verdad que ni Roma ni Italia asegurarán su paz interin no cese el divorcio; pero estúdiense los hechos con espíritu imparcial, depóngase toda pasion política al emitir juicio acerca de los causantes de tal separacion, y no habrá uno solo de cuantos hombres pensadores tiene Europa que atribuya la culpa á Pio IX. Nadie ignora, en efecto, que la ambicion sarda por una parte, y la propaganda de los protestantes por otra, y el oro de los judíos á su vez, han creado una situacion gravísima en que, no ya la soberanía pontificia es atacada, sino el Pontificado mismo horriblemente combatido.

La idea de una gran monarquía italiana, poderosa rival de las naciones europeas de primer ór-

den, señoreando en los políticos que forman la corte de Turin, y guiando todos sus actos, á contar desde la guerra de Oriente y aun ántes, ha hecho que poco á poco la casa de Saboya, olvidando las mas gloriosas tradiciones, vaya colocándose enfrente de los tronos legitimos de Italia, y lo que es por extremo doloroso, enfrente del trono pontificio, el mas antiguo, el mas indisputable, el mas venerando de todos. Para lograr sus fines, el Piamonte ha tenido que echarse en brazos de la revolucion; y en brazos de la revolucion camina meses hace á merced de los rencorosos enemigos de la Santa Sede.

¿Cuáles son las consecuencias de semejante desgracia? Que en la revuelta Italia se multiplican las sociedades y las escuelas reformistas; que al frente de estas sociedades se colocan los caudillos de la revolucion política; que la guerra toma un matiz religioso muy pronunciado, y que el protestantismo convierte en su pró la sobreexcitacion de los ánimos, el imperio de las pasiones, y sobre todo la ignorancia de las turbulentas muchedumbres, halagando á los corifeos, ébrios de orgullo, y atizando el fuego de la soberbia y de la rebelion con mentidas promesas y con indignas calumnias. En tanto el astuto judaismo aprovecha á su vez, y sobre seguro, la locura revolucionaria.

## CAPITULO VII.

EL PONTIFICADO Y LOS JUDIOS DE EUROPA.

## I

El pueblo hebreo, disgregado y esparcido por toda la superficie de la tierra, cumple un destino providencial; desempeña un papel importante en la historia de la humanidad. El pueblo hebreo, tétrico anacoreta de los siglos, marcado en la frente con el estigma del mas terrible castigo, agobiado con el peso de la general reprobacion, arrastra una existencia dificil y misteriosa como un arroyo entre breñas, á cuya orilla no brotan flores, en cuya corriente ni la luna se digna retratarse: y sin embargo, cumple un destino providencial; en él están realizándose las profecias: no tiene patria, no tiene templo. Quitad al pueblo hebreo la esperanza, y os quedará un inmenso cadáver que se mueve: quitad al pueblo hebreo los recuerdos, y os quedará un inmenso colegio de prestamistas y de comerciantes.